

CESARE PAVESE

Italia, 1908

LOS MARES DEL SUR

(a Monti)

Caminamos una tarde por la ladera de un cerro, en silencio. En una sombra del tardo crepúsculo mi primo es un gigante vestido de blanco, que se mueve pausado, con faz bronceada, taciturno. Callar es nuestra virtud. Algún antepasado nuestro debió encontrarse muy solo -un gran hombre entre idiotas o un pobre insensato- para enseñar a los suyos tanto silencio.

Mi primo ha hablado esta tarde. Me ha preguntado si ascendería con él: en las noches serenas desde la cumbre se avista el reflejo del faro lejano, de Turín. "Tú que vives en Turín..." me ha dicho "...pero tienes razón. La vida debe vivirla uno lejos de su tierra: se saca provecho y se goza y después, al regreso, como yo a los cuarenta, todo se encuentra nuevo. Las Langas no se mueven de sitio". Todo esto me ha dicho y no habla italiano, sino que usa, pausado, el dialecto que, como las piedras de este mismo cerro, es tan áspero que veinte años de idiomas y de distintos océanos no se lo han rasguñado. Y asciende el repecho, con la abstraída mirada que vi, de pequeño en labriegos algo fatigados.

Durante veinte años dio vueltas por el mundo. Marchó siendo yo un niño en brazos de mujeres y le dieron por muerto. Después oí a mujeres hablando de él, a veces, como en fábula; pero los hombres, más serios, le olvidaron. Un invierno llegó una postal para mi padre ya muerto con un gran sello verdoso de barcos en un puerto y votos por una buena vendimia. El asombro fue grande, pero el niño, ya crecido, explicó ávidamente que la tarjeta venía de una isla llamada Tasmania, rodeada de un mar azulísimo, bravío de escualos, en el Pacífico, al sur de Australia. Y añadió que, a buen seguro, el primo pescaba perlas. Y despegó el sello. Dieron todos su opinión, pero todos concluyeron que, si aún no estaba muerto, moriría. Todos después le olvidaron y pasó mucho tiempo.

¡Oh, cuánto tiempo ha pasado desde que jugaba a piratas malayos! Y, desde la vez postrera en que bajé a bañarme en un sitio mortal y en que, persiguiendo a un compañero de juegos, trepé a un árbol, quebrando sus hermosas ramas, y le rajé la cabeza a un rival y fui apaleado, ¡cuántas vida ha pasado! Otros días, otros juegos, otros arrebatos de la sangre ante rivales más escurridizos: los pensamientos y los sueños. La ciudad me ha enseñado infinitos pavores: un gentío, una calle me han hecho temblar, a veces un pensamiento, atisbado en un rostro. Noto aún en los ojos la luz escarnecedora de miles de faroles sobre la barahúnda de pasos.

Mi primo regresó, concluida la guerra, gigantesco, entre unos pocos. Y tenía dinero. Los parientes musitaban: "En un año, a lo sumo, lo dilapida todo y se larga de nuevo. Así concluyen los desesperanzados." Mi primo tiene un semblante decidido. Compró una planta baja en el pueblo y allí hizo prosperar un garaje de cemento con un flamante surtidor de gasolina ante él y con una grandiosa placa de anuncio en la curva del puente. Después contrató a un mecánico que cobrase el dinero y recorrió las Langas enteras fumando. Mientras tanto, se había casado en el pueblo. Se desposó con una muchacha grácil y rubia como las extranjeras, que seguramente había encontrado algún día por esos mundos. Pero continuó saliendo solo. Vestido de blanco, con las manos en la espalda y la faz bronceada, por la mañana acudía a las ferias y con aire socarrón

contrataba caballos. Después me explicó, cuando el proyecto hizo aguas, que su plan consistía en arrebatar al valle todos sus animales y obligar a la gente a comprarle motores. "Pero el animal más grande de todos" decía "he sido yo por pensarlo. Debería haber visto que aquí bueyes y gentes son de la misma raza".

Llevamos andando más de media hora. La cima está cercana, arrecian en torno nuestro el fragor y el silbido del viento. Mi primo se para en seco y se vuelve: "Este año escribo en el cartel: -Santo Stefano ha sido siempre el primero en las fiestas del valle de Belbo- y que vayan diciendo los de Canelli." Acomete después el repecho. Un perfume de tierra y de viento nos envuelve en la oscuridad, algunas luces lejanas: alquerías, automóviles que apenas se oyen; y yo pienso en la fuerza que me ha restituido a este hombre, arrancándolo al mar, a las tierras lejanas, al silencio que dura. Mi primo no habla de los viajes efectuados. Dice, displicente, que ha estado en tal sitio o en tal otro y piensa en sus motores.

Sólo un sueño permanece en su sangre: una vez cruzó el mar como fogonero en una embargación pesquera holandesa, el *Cetáceo*, y bajo el sol vio volar los pesados arpones, vio ballenas que huían entre espumas de sangre y cómo las perseguían y cómo alzaban las colas y bregaban con el bote. A veces me lo evoca.

Pero cuando le digo que está entre los afortunados que vieron la aurora sobre las islas más bellas de la tierra, sonrío ante el recuerdo y responde que el sol se alzaba cuando ya el día era viejo para ellos.



ESCUELA DE POESÍA Y PSICOANÁLISIS GRUPO CERO

LO INVITA A LA PRESENTACIÓN DE

"LAS 2001 NOCHES"

REVISTA DE POESÍA, AFORISMOS, FRESCORES
Dirigida por Miguel Oscar Menassa

Miércoles 11 de diciembre de 2002 a las 20:30 hs.

TE ESPERAMOS

En nuestra sede

Mansilla 2686 PB 2 (C 1425 BPD) Bs. As.
Informes: 4966-1710/1713 (De 10 a 19 hs.)

grupocero@sinectis.com.ar — www.grupocero.org

PENSAMIENTOS DE DINA

Es un placer lanzarse al agua que fluye límpida y fresca de sol: a esta hora no hay nadie. Al rozarlas, las cortezas de los chopos te hacen estremecer mucho más que el agua crepitante de un chapuzón. Bajo el agua todavía está oscuro y hace un frío que pela, pero basta emerger al sol y se vuelven a mirar las cosas con ojos lavados.

Es un placer tenderse desnuda sobre la hierba ya caliente y buscar con los ojos entornados las grandes colinas que sobrepasan los chopos y me ven desnuda y nadie de allí se percató. Aquel viejo en ropa interior y sombrero, que iba de pesca, me ha visto zambullirme, pero ha creído que era un muchacho y no ha dicho ni pío.

Esta noche regreso como mujer, vestida de rojo -aquellos hombres que me sonríen por la calle no saben que ahora estoy tendida aquí, desnuda-, regreso vestida a recoger sonrisas. Aquellos hombres no saben que esta noche tendré caderas vigorosas bajo el vestido rojo y seré otra mujer. Nadie me ve aquí abajo: y más allá de las plantas hay dragadores más fuertes que aquellos que sonríen: nadie me ve. Son necios los hombres -esta noche, bailando con todos, será como si estuviese desnuda, como ahora, y nadie sabrá que podría encontrarme aquí sola. Seré como ellos. Tan sólo que, los muy necios, querrán abrazarme estrechamente, susurrarme pícaras proposiciones. ¿Pero qué me importan sus caricias? Sé hacerme caricias yo sola. Esta noche deberíamos poder estar desnudos y vernos sin pícaras sonrisas. Yo sonrío sola al tenderme aquí entre la hierba y nadie lo sabe.

MANÍA DE SOLEDAD

Ceno con frugalidad junto a la clara ventana. En la estancia está oscuro y se ve aún en el cielo. Al salir a la calle, los caminos tranquilos conducen, al cabo de un rato, hasta campo abierto. Como y examino el cielo -¿quién sabe cuántas mujeres cenarán a esta hora!-, mi cuerpo está tranquilo; el trabajo atolondra mi cuerpo y también las mujeres.

Fuera, después de cenar, las estrellas vendrán a tocar la tierra sobre la ancha llanura. Están vivas las estrellas, pero no valen lo que estas cerezas que me como a solas. Veo el cielo, pero sé que entre los techos herrumbrosos brilla ya alguna luz y que, debajo, se advierten ruidos. Una gran bocanada y mi cuerpo degusta la vida de plantas y ríos y se siente desprendido de todo. Basta un pequeño silencio y todo se para en su puesto real, al igual que mi cuerpo se para.

Todas las cosas quedan aisladas ante mis sentidos, que las aceptan sin desconcentrarse: un rumor de silencio. Todas las cosas puedo saberlas en la oscuridad como sé que mi sangre circula por las venas. La llanura es un inmenso flujo de agua entre las hierbas, una cena de todas las cosas. Viven inmóviles guijarros y plantas. Siento que mis alimentos me nutren las venas con todas las cosas vivientes de esta llanura.

No importa la noche. El retazo de cielo me susurra todos los fragores y una estrella menuda se agita en el vacío, lejos de la comida, de las casas, distinta. No se basta a sí misma y requiere compañía excesiva. Aquí, solo y a oscuras, mi cuerpo está en calma, se siente todo un dueño.

1 dibujo por día - 1 cuadro por semana

momgallery

Vea Catálogos: "MENASSA2002" Y "POR BULERÍAS"

www.momgallery.com